



MARZO 2018 · N.º 97

Ministri Dei

Servidores de Dios

Avda. Andalucía, 71 - 1.º B
23005 Jaén (España)
Teléfonos:
923 28 66 89
657 401 264
ministridei@hotmail.com
www.ministridei.es
Catena 3, S. L.
D. L. J-388-2009

LA VISITA AL SANTÍSIMO

Hay a quienes les gusta recibir visitas y que le hagan un poco de compañía. Jesús está encerrado en el Sagrario y allí espera que las almas vayan a visitarlo, le hablen, le pidan, le oren, le hagan compañía y le reparen su soledad y las ingraticudes de las almas. La visita al Santísimo es un acto de fe y de amor muy grandes, porque es reconocer y creer que Jesús está allí hecho Pan para alimento y fortaleza de nuestras almas. Si es verdadero Dios también es verdadero hombre y desea que sus semejantes se le acerquen, lo visiten y lo adoren en el Santísimo Sacramento del Altar.

Raro es que en las ciudades no haya a unos cuantos metros un Templo donde esté Jesús Sacramentado oculto en el Sagrario. Porque lamentablemente las personas tenemos tiempo para todo menos para ir a visitar a Jesús y, si lo hacemos nos conformamos con darle muy poco, apenas unos minutos y nos marchamos. Pero más vale eso que nada, porque Jesús lo recibe todo con inmenso amor y su gracia nos beneficia cada vez que le damos algo por poco o insignificante que sea. Quienes se acostumbran a visitar al Señor en el Sagrario ya no pueden pasar sin ello, porque notan que algo sorprendente les sucede en el alma cada vez que visitan a tan divino Huésped.

Si ante una madre biológica pasáramos una y otra vez por su puerta y no entráramos ni a decirle ¡hola mama! que dolor supondría para ella el olvido de sus hijos. Pues bien, al Señor le pasa algo así, que desea que un poco de nuestro tiempo –aunque no sea mucho– se lo dediquemos a Él, y Él no se deja ganar en generosidad y nos devuelve el ciento por uno.

No podemos decir que somos cristianos y tener a Dios en el olvido. No podemos dedicar nuestra fe solo a la Misa de los domingos. Debemos darle a Jesús algo más, que bien se lo merece, Él que fue Nuestro Redentor y ahora en el Cielo es Nuestro Mediador. Demostrémosle a Jesús lo que nos importa y lo que le amamos, porque como muy bien dice el refrán “obras son amores y no buenas razones”. Desde ahora en adelante proponte visitarlo si no todos los días al menos alguna vez en la semana, Él te lo agradecerá.

BETANIA

ORACIÓN A JESÚS SACRAMENTADO

Alma de Cristo, santifícame. Cuerpo de Cristo, sálvame. Sangre de Cristo, embriágame. Agua del costado de Cristo, lávame. Pasión de Cristo, confórtame. ¡Oh, buen Jesús!, óyeme. Dentro de tus llagas, escóndeme. No permitas que me aparte de Tí. Del Maligno enemigo, defiéndeme. En la hora de mi muerte, llámame. Y mándame ir a Tí, para que con tus santos te alabe, por los siglos de los siglos. Amén

JOSÉ, EL HOMBRE SILENCIOSO

Aunque todos sabemos quién es San José y la alta misión que se le encomendó, hoy le vamos a dedicar este artículo, porque semejante personaje bien se merece que se hable de él. Sabemos que en el Evangelio en donde aparecen infinidad de personas y algunas poco relevantes, poco o mucho algo hablan, sin embargo San José no habla ni una sola vez, algo que nos gustaría que no fuera así. Esto nos demuestra que era amigo del silencio y, aunque hay anécdotas de él, no nos consta ni una sola palabra.



Las personas que hablan poco o dicen sucintamente lo necesario, suelen ser agradables a la gente porque las que hablan mucho incurren en la grave situación de la que sentencia la Escritura: *En el mucho hablar no evitarás el pecado; el sabio ahorra sus palabras.* (Prov 10,19). Una persona que vive en silencio y habla justo lo necesario, no hay duda que tiene que ser una persona meditativa. San José que vivía con seres únicos e irrepetibles en la historia de la Humanidad, que tenía motivos para hablar de ellos una y otra vez, guarda silencio, porque está seguro de que por mucho que hable de ellos nunca podrá alcanzar a decir la realidad tan sublime de convivir con estas personas que en el correr de los siglos han sido y serán únicas en la historia. Pero también él será único. Ser esposo de la Madre de Dios, del Mesías esperado, haberle confiado Dios la fiel custodia de los primeros misterios de la salvación de todo el género humano, es una misión que no se le ha concedido a nadie más que a él. (Misal Romano, Oración Col. 19 marzo).

¡Cuántas veces José pensaría que era indigno de cuidar a María Santísima y al Niño Jesús! Seguro que toda su vida meditó estos misterios y

no tenía palabras adecuadas para expresar tan grande y especial misión que se le encomendó. No cabe duda que tuvo que ser un alma totalmente contemplativa. Tenía misterios sublimes para contemplar en María y en Jesús, y sin duda, alimentaba su alma con sus acciones, su presencia y todo lo que de ellos viera.

ENCOMENDÉMONOS A ÉL

Está muy bien que recemos a algunos santos, porque ellos, bienaventurados ya en el Cielo, consiguen del poder divino nuestras súplicas. Sin embargo, encomendémonos a este glorioso Patriarca San José, porque si la liturgia, como expresión autorizada de la fe de la Iglesia, se dirige al Padre diciendo que él es *«el servidor fiel y prudente que pusiste al frente de tu Familia, para que, haciendo las veces de padre, cuidara de tu único Hijo»*, por algo será. No hay cosa alguna (decía Santa Teresa) que San José nos niegue cuando acudimos a él. El que tuvo tanta afinidad con la Reina del Cielo y con el Verbo Encarnado aquí en la Tierra, ya en el Cielo este santo varón no puede negarnos nada si lo que le pedimos es para gloria de Dios y bien de nuestras almas.

La devoción a San José no puede faltar en nuestra vida. Sería un vacío lamentable. San José, el maestro del silencio y de la meditación, servidor incondicional y custodio del honor de la Virgen y de su Hijo, nos introduce ya con su ejemplo de vida en la mejor escuela de perfección. Su silencio no se rompe ni siquiera en los acontecimientos más significativos de su vida, como cuando encuentra a su esposa encinta y él no entiende nada. O como cuando el Niño se pierde y él tampoco dice nada. San José no compartía su amargura con nadie; él se calla y la sufre en su interior en total y riguroso silencio. Es muy difícil encontrar personas con esta característica, ser silenciosas y no hablar ni siquiera en los días de prueba, pero convirtiendo el silencio en fermento fecundo de amor incondicional y colaboración insigne e irrepetible en la obra de la Redención universal.

MÁS VIRTUDES DE SAN JOSÉ

Pero si elogiable es su silencio no menos elogiable es su obediencia. Su obediencia a las órdenes del Ángel no se hace esperar, es pronta. No duda ni un momento a lo que le dice el Ángel de parte del Cielo. Otra persona hubiera pensado que estaba equivocado o que se había engañado con estas embajadas, duras ya de por sí, pero José no, él

obedece de inmediato sin dudar ni por un instante lo que el Ángel le ordena. *Huye a Egipto y quédate ahí hasta que yo te diga* (Mt 2,13), le dice el Ángel. Y él ni discute ni duda, obedece con exactitud al cien por cien en la seguridad que lo que el Cielo le manda es verdadero, por más disparatado que le pudiera parecer a su entendimiento humano. Y confía en que todo es para el bien del Niño y de su Madre. ¡Dichoso José que creyó sin indecisión alguna, pero teniendo que vencer las inevitables tentaciones de un ser humano limitado!

Aunque de San José no sabemos mucho de su vida, todo lo que hablemos de él siempre será poco, porque por lo poco que nos narran de él los Evangelios vemos claramente la clase de persona que era. Quien es tan obediente a las órdenes del Cielo no puede ser menos que muy humilde. Se fía de la embajada de Ángel y no pospone la orden ni siquiera para el día siguiente, él coge a la Madre y al Niño y en ese mismo momento y de noche, emigran hacia Egipto sin saber ni dónde se instalaran ni a qué punto de esa ciudad tenían que ir. Pero seguro que confía plenamente en que Dios les irá guiando para que su huida sea efectiva y sepan instalarse donde Dios haya dispuesto.

¡Qué ejemplo para todos los cristianos este santo varón! Es distintivo de Dios dar sus órdenes y hacerlo por partes. No da explicaciones cuando nos pide algo, Él quiere la obediencia incondicional, a ciegas, sin explicación alguna, porque cumplida una orden o un deseo de Dios, más adelante Él mismo se encarga de seguir pidiendo o guiándonos en lo que debemos hacer. La confianza total e incondicional pocas personas la tienen, pero José, el hombre silencioso la tuvo. Cumple a la perfección el consejo evangélico de que *a cada día le basta su inquietud* (Mt 6,34) y él así hace. No pregunta, no pone condiciones, no pone obstáculos, obedece y confía en que el Cielo le irá diciendo los pasos a seguir. ¡Qué conjunto de virtudes vemos en lo poco que sabemos de San José! Porque si era un hombre silencioso, obediente incondicional, humilde, por fuerza tenía que ser un hombre bondadoso.

JOSÉ, HOMBRE BONDADOSO

Dios Padre no encomendaría a su Verbo hecho Niño a cualquier persona, y si la Madre era santísima, el que iba a hacer las veces de padre tendría que estar investido de virtudes muy excelentes para tan gran misión de custodio del Señor. Pero ya nos dice el Evangelio que *José era un hombre justo* (Mt 1,19). Justo, en aquellos tiempos quería decir santo. Meditando los hechos vividos por San José y que conocemos por los Evangelios, sacamos santas y grandes conclusiones de la nobleza de corazón de este personaje en el que se encuentra toda clase de virtudes. La mansedumbre

la vemos a la hora de no reprochar a su esposa el porqué estaba encinta. Cualquier otro en su lugar no habría podido contener una explosión de ira. La reacción corriente de personas, incluso virtuosas, es pedir explicaciones; podía incluso haberse enfadado, pero él contempla en su esposa ese aura sagrado que envuelve sus actuaciones, y aunque no entiende su estado, decide obedecer lo que la ley pide, pero sin descuidar el imperativo de su conciencia que exigía tratar el caso respetando el misterio que acompañaba siempre a María, por lo cual decidió despedirla en silencio para no sobrepasar lo que es justo. San Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Custodio del Redentor* (Redemptoris custos, 1989, n. 20), ilumina preciosamente este misterio: *«Mediante el sacrificio total de sí mismo José expresa su generoso amor hacia la Madre de Dios, haciéndole ‘don esponsal de sí’.* Aunque decidido a retirarse para no obstaculizar el plan de Dios que se estaba realizando en Ella, él, por expresa orden del Ángel, la retiene consigo y respeta su pertenencia exclusiva a Dios».



San José como esposo de María Santísima y padre legal del Niño Dios, es colaborador y esencial también en la obra de la Redención. Su misión es importantísima y única porque vivió con la Virgen y el Niño durante años. El Redentor era su Hijo, y se sometió a él en su infancia y adolescencia; la Corredentora era su esposa, y sin duda que también se sometió a lo que él dispusiera en el hogar divino. Él recibe del Ángel el nombre que debe poner al Niño que espera María, su esposa. Y José todo lo cumple a la perfección según los designios de Dios. Porque según las leyes de Palestina, la imposición del nombre era competencia del padre, y así lo hace José, le pone el nombre que el Ángel le dice sin pensar en ningún otro nombre.

PRUEBAS DE SAN JOSE

No por ser el cabeza de la Sagrada Familia y por ser esposo de María y padre legal del Niño Dios, San José lo tuvo fácil, porque también él tuvo sus pruebas y no fueron ni dulces ni pequeñas. Gran dolor para él sería no encontrar posada en Belén para el nacimiento del Niño Dios. ¿Y la huida a Egipto tan de repente no supondría para



él un inmenso dolor? ¿Y la matanza de los santos inocentes? ¡Que dolor para él y María! No digamos ya el Niño perdido y hallado en el Templo. Ahí oímos a María hablarle al Niño, pero para nada oímos a José a pesar de ser el cabeza de la familia. Deja que sea María la portadora de sus sentimientos de desolación

por los tres días de pérdida, y de ese modo no incurrir en dejar a su ira que se desfagara. Sigue en él su norma de guardar silencio en todo con su lengua y desahogar su corazón con el Señor.

SAN JOSÉ Y EL ESPÍRITU SANTO

Como San José es tan escondido y tan poco hablan de él los Evangelios, poco podemos conocer de sus devociones, pero tocante al Espíritu Santo hay dos datos. El Espíritu Santo y San José forman una misteriosa unidad respecto a María y respecto a Jesús. La Iglesia llama a María esposa del Espíritu Santo, pero ¿no es también la esposa de San José? Y es que lo mismo el Espíritu Santo que San José eran partes integrantes de uno solo. Se complementaron mutuamente para que Jesús fuese Hijo legítimo en aquel matrimonio, conservando María su total virginidad. De esa unidad conyugal resultó en consecuencia la unidad paternal del Espíritu Santo y de San José respecto a Jesucristo. De aquí se desprende que las relaciones entre el Espíritu Santo y San José hubieron de ser sumamente íntimas. (Texto del P. Alcañiz S.J.)

Otro punto es que, en la rapidez con que obe-

dece San José las órdenes del Ángel, se advierte cómo esa alma estaba guiada por el Espíritu Santo. Y, de acuerdo con lo que nos dice Santa Teresa, San José es el gran maestro de la vida interior, porque quien dirige toda su vida interior es el Espíritu Santo y San José, tan íntimamente ligado a Él, «¿No habrá que concluir –de nuevo S. Juan Pablo II– que también su amor como hombre ha sido regenerado por el Espíritu Santo? ¿No habrá que pensar que el amor de Dios, que ha sido derramado en el corazón humano por medio del Espíritu Santo (Rom 5,5), configura de modo perfecto el amor humano?» (Red. Custos, 20).

CULTO A SAN JOSÉ

El culto a San José no está extendido ni valorado en toda su importancia a lo largo de la historia. Ya es hora de colmar esa laguna. Si uno ama a este santo, debe fomentar su culto porque, además de que es poderosísimo en el Cielo, es también el “Terror de los demonios”. El que no negó nada a Dios en la Tierra y el que sirvió a la Reina del Cielo, no le será negado nada de Dios ni de la Santísima Virgen en el Cielo y, debemos darle el reconocimiento que por justicia le corresponde, porque él no ha sido un santo más de los muchos que hay, sino un santo excepcional y cabeza de la Sagrada Familia.

Tenemos a nuestra disposición un conjunto variado de oraciones inspiradas por una profunda devoción y avaladas por el uso de muchas generaciones: los dolores y gozos de San José, la consagración al Patriarca San José, las Letanías a San José que son bellísimas, la oración a San José del Papa León XIII, la visita diaria a San José, la súplica a San José, también la oración para todos los días, en fin, que tenemos una gran variedad de devociones para dirigirnos a este glorioso Patriarca, esposo de la Reina del Cielo y padre de Cristo Redentor tanto en los devocionarios antiguos y modernos y hasta en Internet.

P.D.C.M.F.

ORACIÓN A SAN JOSÉ DEL PAPA LEÓN XIII

A ti, bienaventurado San José, acudimos en nuestra tribulación; y después de invocar el auxilio de tu Santísima Esposa solicitamos también confiados tu patrocinio. Por aquella caridad que con la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, te tuvo unido, y por el paterno amor con que abrazaste al Niño Jesús, humildemente te suplicamos vuelvas benigno los ojos a la herencia que con su Sangre adquirió Jesucristo, y con tu poder y auxilio socorras nuestras necesidades. Protege, providentísimo Custodio de la Sagrada Familia, la escogida descendencia de Jesucristo; aparta de nosotros toda mancha de error y corrupción; asístenos propicio, desde el Cielo, fortísimo libertador nuestro, en esta lucha con el poder de las tinieblas: y, como en otro tiempo librasteis al Niño Jesús del inminente peligro de la vida, así ahora, defiende a la Iglesia Santa de Dios de las asechanzas de sus enemigos y de toda adversidad, y a cada uno de nosotros protégenos con el perpetuo patrocinio, para que, a tu ejemplo y sostenidos por tu auxilio, podamos santamente vivir y piadosamente morir y alcanzar en el Cielo la eterna felicidad. Amén.